

Año VI CÁDIZ, 30 de Diciembre de 1897.

REVISTA Teatral, Literaria, Científica,

Núm. 220 DE BELLAS ARTES Y ESPECTÁCULOS.

Propietario: D. MIGUEL GUILLOTO DEMOUCHE.

Director: José Rodríguez Fernández.

Administración: Sagasta, 31, pral.

Toda la correspondencia literaria al Director, Sagasta, 31, principal.
No se devuelven los originales que se nos remitan.

Suscripción. . . En Cádiz, un mes. Ptas. 1
Fuera de Cádiz, trimestre. . . » 3
Número suelto, 20 cents.—Atrasado, 40 cents.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes.



ARTISTAS DE ÓPERA



ELENA FONS.

VELADAS TEATRALES.

EN EL PRINCIPAL

La excelente compañía que actúa en este coliseo, ha estrenado en lo que va de temporada, las siguientes producciones:

El Angelus, comedia original de D. Eusebio Blasco. Sólo para un autor cómico de los vuelos del citado, puede haber benevolencia en obra que si bien revela una práctica del teatro y del conocimiento de los públicos, no resiste á la crítica. Aquella mezcla de efectos eminentemente cómicos con los más opuestos del sentimentalismo melodramático, no pueden constituir *tonalidad*, digámoslo así, agradable al espectador que pasa por las manchas de una acuarela y no por los brochazos de un inexperto discípulo de Apeles.

El bajo y el principal no tiene más *pero* que el título, bastante impropio para una obra de estilo, de buen gusto dramático, de gran interés y que presta verdaderas enseñanzas. La compañía de la Srta. Cobeña la interpreta admirablemente.

Esta eminente actriz hace una joven aristócrata enamorada del dependiente de su padre que había contribuido al acrecentamiento de sus riquezas, encantadora, sugestiva. El Sr. Cuevas un conde de Salvamar que se *llevaba de calle* al público. El Sr. Vallés un portero con tal acopio de detalles en su trabajo de acción, que bien puede presentársele como modelo de actores. Y todos, en fin, cuantos trabajaron en dicha obra, hicieron prodigios de ejecución.

El nido ajeno, de Jacinto Benavente, fué otro estreno interesantísimo que dió lugar á nuevos éxitos para D. Agapito Cuevas y para la sin par hermosa primera actriz Srta. Cobeña.

Se preparan los beneficios de ambos artistas.

En los tres lunes comprendidos en los días que van de temporada, la empresa ha dispuesto con gran acierto la celebración de *Veladas clásicas*, poniendo en escena tres obras debidas á los más preciados ingenios de nuestro teatro de oro.

El desdén con el desdén, de Moreto, *La calle de la Montera*, de Narciso Serra, y *Buen maestro es amor ó La niña boba*, de Fray Lope de Vega, han sido tres noches de éxito asombroso para la eximia actriz Carmen Cobeña y para su distinguida compañía. Ha representado tres caracteres de difícilísima ejecución, poniendo en juego todas sus mejores facultades y su alma entera en beneficio del gran arte, y como homenaje á la eterna memoria de aquellos colosos.

La niña boba la interpretaba por primera vez en su carrera artística, carrera de continuados

triunfos, logrando hacer una verdadera *creación* del papel de la protagonista.

Gran parte del éxito fué debido á la buena dirección del Sr. Cuevas encargado del papel de Laurencio. Este notable actor se preocupa mucho de que no se distingan lunares en los conjuntos de las principales escenas.

Justo es consignar en algunas líneas de estas crónicas, que alcanzan los aplausos que á diario recibe la compañía á las Sras. Tovar, Vedia y Parejo y á las señoritas Arévalo y Sampedro, así como á los correctos actores Sres. Valentín, Vigo, Cerro y Ruiz Tatay.

Y triste es, por último, confesar que el público gaditano que siempre se ha preciado de culto é ilustrado, acude en tan poco número á las diarias notables veladas dramáticas que tan excelente cuadro de actores nos ofrece.

JOSÉ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ.

NUESTRAS CRIADAS.

PORQUÉ SE DESPIDEN.—ÉPOCA ACTUAL.

Cocina de un pisito de casa cuyo alquiler mensual no escada de cinco duros y medio; dos cacerolas viejas, un rayador y algún otro resto de batería de cocina cuelgan en la pared que sirve de fondo al fogón: una mesa de pino baja y coja, junto á ella una tinaja más baja que la mesa, dos sillas y otra que parece media, cada una de autor y modelo diferente, una estera rotá delante de la mesa y el resto un ajuar en armonía con lo descripto.

Sentada junto á la mesa y apoyado el brazo sobre el gastado pino y la cabeza en la mano, está una mujer como de 50 años, gruesa, baja, de curvas exageradamente abultadas, rostro lustroso y encendido, ojos grandes y saltones, labio superior sombreado por un bigote negro de pocas pero brillantes cerdas, habla y gesticula como si se dirijiese á otra persona.

—¡Pero qué amos, señor, pero qué amos! Después que se está usted todo el día matando para darles gusto, póngase usted por la noche á *planchar* hasta las once las camisas del niño.

Digo, en el mes de Julio y en este tabuco de cocina... caramba, esto no se puede sufrir... y cuidado que lo que es la señora, es muy buena, muy santa; pero Manolito su hijo, qué lástima de diez y siete años; el niño me trae á mal traer: «Juana, agua caliente; Juana, la toalla de mamá; Juana, el cepillo del betún; Juana, los botitos; Juana, deme usted quince céntimos de la cuenta; Juana, la camisa limpia; Juana, Juana, Juana» y ¿cuando me la tira á la cara y me dice: túpida, túpida, túpida, es ese el modo de aplachar una pechera»? A mí eso de túpida me pone furiosa, debe ser un insulto atroz.

Decididamente mañana temprano le digo á la señora:

—Señora, busque usted criada, porque me voy.

Sé que me vá á decir lo de tantas veces.

—No te vayas, Juana, tú sabes que te queremos mucho y te miramos como de familia.

—Por usted, señorita, me quedaría hasta sin salario, pero...

—Qué.

—(Con empacho.) Que no puedo aguantar al señorito.

Y con efecto, aquella misma noche hace un breve lío de su ropa, y sale con los ojos bañados en lágrimas.

Mutación. —Bonito entresuelo de una casa de tres pisos situada en calle céntrica no lejos del Gobierno Civil. —Quince duros de alquiler mensual. —Inquilino, matrimonio sin hijos. —Sueldo del señor 2,400 pesetas anuales con descuento. —Gabinete puesto con algún lujo desproporcionado con este sueldo. —Muebles estilo Luis XV, velador con tapa de mármol, lámpara de cristal y bronce dorado, papel rojo oscuro cortinajes de imitación brocados, oro y verde, fotografías, etc., etc.

Son las nueve de la mañana; la dueña de esta especie de *boudoir*, guapa, elegante, representando de 25 á 26 años, con el cabello artísticamente recogido, arreglándose con gracia los pliegues de una bata de buen gusto, azul claro y flores rosa, está reclinada en una butaca donde se distrae viendo la mucha gente que transita á esa hora por su calle.

—Señorita—dice una criada joven y bien parecida, entrando sin pedir permiso en la habitación: con un lío de ropa en el brazo—¿Sabe usted que me voy?

—¿Porqué? ¿Te hemos dado algún motivo de disgusto?

—No, señora, estoy muy contenta, pero...

—¿Pero qué?

—Que la criada del segundo, Antonia... mi paisana... ya sabe usted...

—Sí, ¿y qué?

—Pues cuando me encuentra en la escalera, me dice una cosa muy mala (*ruborizándose*) que no se le puede decir á usted; y todo ¿porqué? porque su primo el cabo me requiebra siempre que me vé... tanto, que si yo quisiera quitárselo...

Luego me está echando coplas todo el día y toda la noche, por la ventana de la cocina.

—No le hagas caso; ese no es motivo para que me dejes desaviada... quédate siquiera hasta que encuentre otra.

—Bueno, señorita, como usted es tan retabuena para conmigo, y la quiero tanto, me quedaré; pero mire usted que nada más que dos días; si no voy á matar á esa pícara en cuanto me vuelva á mirar á la cara.

A la media hora entra desatentada y descompuesta.

—¿Señorita! Me voy ahora mismo; me he en-

contrado á esa sinvergüenza en la escalera y he tenido que pegarle una bofetada.

Mutación. —Son las once de la mañana. El teatro de esta escena es muy semejante al de la anterior, con la sola diferencia de estar el gabinete amueblado con menos gusto y no estar hecha todavía la habitación.

Doña Gertrudis, señora como de 50 á 52 años, pelo gris, enjuta de carnes y aire serio, con la cara llena de polvos: escribe en el libro de cuentas del gasto doméstico, ayudándose con lentes de vista cansada; viuda, con algunos títulos... del 4 % se casó hace dos años con su actual *esposo* como ella lo llama, joven de 25 años, y con quien viviría como en la gloria, si entre las virtudes del expresado joven se contase la de la fidelidad conyugal, no falta quien al ver á doña Gertrudis encuentra alguna disculpa á esta grave falta... Nosotros protestamos de criterio tan liberal y peligroso.

—Señora—grita, pegando nerviosamente un empujón á la puerta del gabinete, una muchacha como de 20 años, mofletuda y capaz de ablandar lo mismo una piedra de un puñetazo que un corazón de una mirada—ajústeme usted la cuenta.

—¿Qué ha pasado?—dice la señora levantando la cabeza quitándose los lentes y mirando con gran atención y mayor intención á la muchacha.

—Nada, que no puedo estar ni un minuto más en su casa de usted.

Su señora la interroga con los ojos, y vá por momentos arrugando el entrecejo y contrayendo las facciones exclama aparte:

—¿También con esta!

—Mire usted... ¿Vé usted lo que tengo aquí?—y se señala á la mejilla—pues yo soy una mo-
cita decente y á mi nadie...

—Pero, di de una vez ¿qué ha sido? La confesión de la interfecta sería de gran valor en el proceso que va á incoar la agraviada.

—¿Qué ha sido?

La criada, rascándose el carrillo que enseñó á la señora despues de pensarlo, moviendo la cabeza y mirando al suelo.

—Nada, nada, hágame la cuenta...

Cuando la señora oyó cerrar la puerta de la escalera á la criada, con una voz que reunía todos los tonos del despechado celo, de la dignidad más ofendida, del más profundo menosprecio y de la indignación más estremada, gritó con voz iracunda:

—¡Manuel!... ¡Manuel!

El requerido se guardó bien de responder á este llamamiento.

Nos hallamos en un estrecho comedorecito de lastimoso ajuar.—Doña Mercedes, viuda de un teniente coronel muerto en acción de guerra y madre de dos niñas de 19 y 20 años, que estiran el escaso ingreso de la viudedad para ir medianamente vestidas, concurrir alguna vez al piso alto del teatro, y allí y en todas partes, ver de encontrar un mortal que aprecie sus atractivos físicos medianitos y morales—que se las suponen—acaban un frugal almuerzo y descansan unos minutos de sobremesa.

—Señorita—dice con tono resuelto, encarándose con doña Mercedes, una joven, con la cara sucia y cabellos desgredñados que le sirve de criada *para todo*—me voy ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque en su casa de usted me muero de hambre.

—¡Insolente!

—Ya estoy harta de ayunos y más valía que el dinero que gastan ustedes en perifollos, lo gastaran en dar de comer á las sirvientas.

—¡Desvergonzada!

—¡Mi cuenta, mi cuenta!

Y un aguacero de insultos y denuestos de parte á parte—duo de soprano acompañado por las niñas que hacen el coro de tiplés—dá fin á este número de música infernal.

En el comedor de sirvientes de una casa principal.

Ascensión (18 años doncella favorita de la señora) no es posible doña Josefa... yo no puedo soportar á ese hombre; vá á sermi perdición. (Se trata de Juan el mozo de comedor, tenorio impertinente y terrible).

—Doña Josefa (de 55, ama de llave y antigua ex-nodriz del señor. Muy adusta, poseida de su papel en el fondo, pero bondadosa). Mujer, no seas tonta, por una mala riña con un mozalvete necio y presumido, ¿vas á perder una colocación como la que tienes? Eres el ojo derecho de la señora, ganas un buen salario, vestidos, regalos, y...

Ascensión. —No me diga usted nada, estoy decidida... Ni un instante más: ajústeme usted la cuenta y dígame usted á la señora lo que quiere; que mi madre se ha puesto muy mala y que me voy á mi pueblo por el primer tren. Cualquier cosa.

Pequeña antesala del segundo piso—hay entresuelo—de una casa ocupada por una familia de posición modesta, pero desahogada.

La señora, que aunque de 40 años, conserva los atractivos de una hermosura real, dá las órdenes oportunas para el mejor servicio de la casa. En este momento llega la cocinera con la compra.

Esta es mujer, que puede tener de 45 á 46 años, ha sido vistosa y muy requebrada, y pretende conservar, á fuerza de cosméticos y aliño

los restos de su pasada juventud, respondiendo así á las exigencias de un corazón que no ha pasado de los 20, alta, de buenas carnes, cara aguileña, algo morena, boca grande, labios gruesos, aire resuelto y algo varonil, entrecejo muy marcado por la prolongación de las cejas.

—Señorita, dice,—poniendo sobre una silla el canasto de la compra—estoy loca de alegría... me acabo de encontrar á mi primo el artillero que vuelve de Cuba.

—¡Si!, pues yo tambien me alegro—dice la señora con tono socarrón y disimulando su contrariedad.

—Y yo quisiera que me dejase usted salir después que sirviera el almuerzo, pues el pobre se vá esta noche al pueblo.

—Hija, lo siento; pero hoy tenemos convidados, como sabes, y no puede ser.

La cocinera se calla, y después que ha servido el almuerzo sin decir una palabra, se viste y se vá á la calle, y cinco minutos después entra á almorzar del brazo de su primo (?) en la tienda de la Gloria, famosa por su Sopa del cuarto de hora.

Al día siguiente se presenta á la señora, explicándole su ausencia, con una historia inverosímil, tiene una cuestión fuertísima con ella, median sus poquitos de insultos de parte á parte, que termina la cocinera tomando su ropa para irse á la calle.

Pepa, de Alcalá de los Gazules, buena muchacha, muy dormilona, tiene que abrir la puerta al hijo de la señora, que se recoje á las dos de la madrugada y se mata con él, escandalizando á la vecindad, porque cada tres días lo deja una hora al sereno—ó á la lluvia—no quiere esperar por más tiempo y se despide.

Carmen, de Cercedilla, con el carácter áspero de las hijas de aquellas tierras, deja á sus amos porque la señora al tomar los bizcochos del aparador, ha dicho muy exaltada:

—Aquí falta un bizcocho.

Antonia, porque se cayó de la escalera en que le hizo subirse la señorita, para limpiar los cristales del cierro.

Rosario, porque se ha echado novio, y quiere dos días de salida por semana en lugar de uno, y que sean los jueves y domingos, para ir á la plaza donde toca la banda militar.

Paca, porque le dá vergüenza de limpiar el

patio, por causa de los dependientes de la tienda de enfrente, que la ven desde el mostrador.

Dolores, porque siempre que vuelve de los mandados, se gana una reprimenda espantosa, acompañada de insultos é improperios; y todo, ¿por qué? Porque la señora cree que debía haber echado dos minutos menos en la diligencia.

Agustina, que sirve en casa de un cesante, porque le hacen lavar la ropa de la recién nacida y tenerla todo el día en brazos, además de atender á la cocina, limpiado de la escalera, etc., etc., etc.

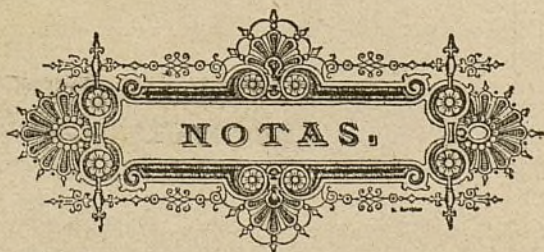
En fin, y para terminar, no un artículo, sino un tomo en folio, pudiera escribirse con los motivos tan varios por los que nos dejan nuestras sirvientes. El asunto es inagotable y no hay en ello ocasión de sorpresa.

Estamos lejos, muy lejos, por desgracia, de los tiempos en que nuestros servidores, ligados por el cariño, más que por el interés, se consideraban y eran tratados, en efecto, como parte integrante de la familia, y cualquiera que fuesen los disgustillos que les ocasionasen el mal humor ó defectos de carácter de sus amos, en todo podían pensar, menos en dejarlos. ¡Dejar á su señorita ó señorito de su alma, á quien habían visto nacer ó habían criados, á sus niños, que así los llamaban, aun cuando tuviesen cincuenta años! Eso hubiera sido una idea que les habría horrorizado, si alguna vez se les hubiese llegado á ocurrir; pero hoy, ¿qué sucede? que por un motivo más ó menos justificado, se van nuestros servidores cuando apenas se han enterado de cómo deben desempeñar sus cargos.

La culpa de esto, ¿es exclusivamente de ellos?

Contesten los amos metiéndose la mano en el pecho.

W. Morillo de Monche



Con el próximo número repartiremos á nuestros lectores el índice alfabético de los trabajos, grabados y semblanzas publicadas en la REVISTA durante el año que mañana termina.

Trabajos nuestros reproducidos.

Lo de siempre. Poesía de D. Manuel Fernández Mayo, en *El Eco de la Serranía*, de Ronda, correspondiente al 22 del actual.

No tenemos espacio para relatar la magnificencia del acto de celebración de los *Juegos Florales* del Ateneo de Cádiz, verificados en el Teatro Principal en la noche de ayer.

He aquí los nombres de los autores premiados:

D. Antonio F. Grilo; D. M. R. Blanco Belmonte (dos premios); D. José Morillo; D. Narciso de la Hoz (dos premios); D. Pedro Riaño; D. Santiago Casanova y Patrón; D. Enrique Funes; D. Manuel Rodríguez Martín; D. José Sartou; D. Manuel Sadulé; D. Eduardo Escobar; D. José Rodríguez Fernández, nuestro querido director; D. José M.^a Franco; D. Francisco Díaz Plaza; D. Eduardo Gautier; D. Antonio Suárez; D. Agustín García Gutiérrez; D. José Pérez Guerrero, y D. Antonio Crivell.

A todos enviamos nuestra más cordial enhorabuena.



GITANERIAS

(SUCEDIDO)

En una zapatería
una gitanilla entró
á comprarse unos zapatos
con las palas de charol.
Complaciente el zapatero
más de cien pares sacó
y la gitana, al probárselos
decía:—¡Vágame Dios!
Este es estrecho... Este otro,
me aprieta de un modo atroz...
Este me está chico... Y tanto
al zapatero enfadó,
que ya el hombre, con coraje,
soltando una interjección
le dijo:—¡Lávese usted
los pies con mucho primor
y córtese usted las uñas,
porque mientras tanto nó
podrá ponerse las botas!...
La gitana, con furor
al comprender el insulto

se alzó airada, le miró
y al fijarse en que era chato
le dijo, alzando la voz:
—No se meta en poné fartas,
porque su nariz, señó,
¡se parece á un cascabel
estrujao de un pisotón!

MANUEL FERNÁNDEZ MAYO.

EPIGRAMAS.

—¿Se pega en tu regimiento?
le pregunté al quinto Sancho;
y me respondió al momento:
—¡Allí se pega... hasta el rancho!

El médico le ha mandado
dormir con gorro á Chamorro,
y Chamorro descuidado
se acuesta siempre sin gorro.

Más su mujer que recela
que por esta causa enferme,
pasa las noches en vela
mientras el marido duerme.

Y aunque jamás ha querido
dormir con gorro Chamorro,
cuando se queda dormido
su mujer le pone el gorro.

JUAN LUIS SABINO.

GENTE DE PLUMA.



MANUEL RODRÍGUEZ PÉREZ.

Nuestro conocimiento data desde que dirigió
la revista sevillana *Rosa y Negro*.

En bastantes números colaboré, y por lo tanto
nuestra amistad tuvo con la continua correspon-

dencia, que aumentar por fuerza, y hoy nos unen
unos vínculos, que creo serán eternos.

Debo hacer constar que no importan estos la-
zos amistosos para que lo juzgue con entera im-
parcialidad, pues del único mérito que blasono
es de no tener *pelos en la lengua*, para dar á
cada cual lo suyo.

Así, pues, hecha esta salvedad, entro de lleno
en el asunto que motivan estas líneas.

Empiezo, pues:

Rodríguez Pérez, no es todo lo conocido que
debiera, pues su carácter se niega á fingir cier-
tos papeles, que son en la moderna sociedad im-
prescindibles para llegar á brillar algo.

Sin embargo de esta modestia, que bajo el
prisma moral resulta hermosa, su firma es algo
conocida, y entre ciertos elementos (en Andalu-
cía principalmente) muy afectos á la literatura,
tiene admiradores el joven periodista hispalen-
se, admiradores que lo elogian por su habilidad
en la versificación y su corrección y la claridad
en la prosa.

Yo he visto su firma en *El Cocinero* (que tam-
bién ha publicado su retrato), muchas veces, en
La Nueva Era, el diario local *El Domingo*, *Ger-
minal*, y *El Nuevo Liberal*, de Madrid, y en *El
Aviso*, de Sevilla.

Es buen literato, pero no sabe dirigir un pe-
riódico, y esta falta se le puede notar en la direc-
ción de *Rosa y Negro*, que delataba á la legua
la inexperiencia en las lides periodísticas de su
confeccionador.

La parte literaria del *Rosa y Negro* era inme-
jorable, pero adolecía el periódico de ese *chic*,
(permítaseme la frase) de esa elegancia moder-
nista, que es la que ha hecho subir al *Blanco y
Negro* á la altura que se halla.

Muy joven es, sin embargo, y si no disminuye
su entusiasmo en las escabrosidades de la carre-
ra literaria, creo que llegará á ser algo regular-
cito.

Condiciones no faltánle; así pues, ánimo y ade-
lante... á luchar y á conseguir los láuros á que
se hacen acreedores los que llegan á brillar con
las fulguraciones del genio.

Para concluir, diré que es un carambolista de
órdago y que maneja el taco con la misma soltu-
ra que la lira, y cuidado que domina la última.

Manuel Rodríguez Pérez

Tipo-Litografía J. Benítez, Marqués del R. Tesoro, 8.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz, y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro Sábados á partir del 4 de Enero de 1896, y de Manila cada cuatro Jueves á partir del 23 de Enero de 1896.

Línea de Buenos Aires.—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando ántes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Poo.—Cuatro viajes al año para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIOS DE AFRICA: *Línea de Marruecos.*—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—El vapor *Joaquín del Piñazo*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar, los Lunes, Miércoles y Viernes; retornando á Cádiz los Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los Sres. comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. Para más informes, en Cádiz, Delegación de la Compañía,

ISABEL LA CATÓLICA, 3.

— 4 —

abatida.) Estoy derrengado. (*Dá algunos pasos con dificultad y quejándose de nuero.*) ¡Ay! ¡Ay! Díganme Vdes. si ha sucedido á nadie lo que acaba de sucederme. Estaba sentado en uno de los asientos de la plaza de... cuando veo venir por la calle de... á la mujer de aire más gracioso y mejor trapío, que he tenido la suerte de ver en mi vida. (*Al hacer un movimiento con el brazo.*) ¡Ay! ¡Ay! Por supuesto (*Con voz dolorida.*) era muy bonita, es decir, me lo figuré, porque con esta malhadada cortedad de vista que me aflige, no pude distinguirle bien el rostro. ¡Anda! ¿Pues no se me había olvidado cerrar la puerta? (*Cierra la puerta y dá algunos pasos hacia el proscenio.*) Me preparé al encuentro de mi bella, tomando la actitud que creí más elegante para el caso: el brazo derecho graciosamente descansando sobre el espaldar del asiento, (*El actor tomará con cierta exageración las actitudes que vá describiendo.*) el cuerpo inclinado y la cabeza coquetamente dirigida hacia ella, porque en reserva, (*Bajando la voz.*) aunque soy casado, me gustan mucho las hijas de Eva. ¡Son tan bonitas!

A propósito. No he presentado á Vdes. á mi mujer. (*Hace ademán de presentarla.*) Lola Revueltas y Sinfreno, mi legítima por lo civil y lo religioso y hasta por lo criminal. Andaluza de pura raza, veinte y tres años, morena, ojos y cabellos negros (*Baja la voz, como reservadamente.*)—por eso me gustan las rubias—más negros... que mi suerte. Boyante, chic y trapío de primera... y ¿que si me quiere? ¡Vaya si me

BIBLIOTECA DE LA REVISTA TEATRAL.

¿EL QUE LA SIGUE?...

MONÓLOGO EN PROSA

POR

D. Miguel Guilloto Demonche.

CADIZ: 1897.

TIPOGRAFÍA Y LITOGRAFÍA J. BENITEZ.
MARQUÉS DEL REAL TESORO, 8.



CLICHÉS.—Se venden los publicados en este periódico.—Dirijirse al Administrador de la «Revista Teatral», Sagasta 31.

Teatro en venta.—Se venden todos los enseres de un precioso teatro, muy propio para establecerlo en una casa particular, á precio muy módico. En la Redacción de este periódico darán razón.

DISPONIBLE.

REVISTA TEATRAL,

LITERARIA, CIENTÍFICA, DE BELLAS ARTES Y ESPECTÁCULOS,

Premiada con GRAN MEDALLA DE ORO en la Exposición Partenopea Permanente de Nápoles.

Propietario: DON MIGUEL GUILLOTO DEMOUCHE.
DIRECTOR, JOSÉ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ.

Publicase los días 10, 20 y 30 de cada mes.

MONÓLOGO.

La escena en la localidad en que se presente, ó en la que al Actor le parezca bien. Se fijarán por el mismo las calles y plazas de que se habla más adelante, según la ciudad en que pase la acción.

PERSONAJE.

Actor. Aire galanteador, vestido pretenciosamente de calle, luego de payaso.

Aun cuando se anotan algunas acotaciones, quedan todas á juicio del actor.

El vestido de payaso puede substituirse por cualquier otro que le convenga más al mismo.

Derecha é izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO.

Cuarto vestuario del actor, tocador y demás accesorios propios de estos cuartos. Escusa-baraja con traje de payaso, calzón, blusa, cuello, etc. Puerta practicable á la derecha, ventana á la izquierda.

ESCENA ÚNICA.

Al levantarse el telón entra el actor en escena precipitadamente cojeando, manifestando gran sobresalto, y volviendo la cara con aire temeroso á la puerta. Viene lleno de polvo; la corbata medio caída; el sombrero de copa abollado, y todo descompuesto se deja caer como rendido de cansancio en una butaca, y exclama dirigiéndose al público:

¡Ay!.... (*Dejando caer los brazos.*) ¡Vengo muerto! (*Levantando doloridamente la voz y los brazos.*) ¡Ay señores!... ¡Ay señores de mi alma! (*Subiendo exageradamente la voz y los brazos.*) ¡Ay señores de mi corazón!... (*Respira fuertemente. Pausa.*) ¡No puedo más! (*Se quita el sombrero y lo tira al suelo.*) ¡Pobre sombrero mío!... ¡Quince pesetas!... (*Se arregla el pelo y la corbata; se levanta con dificultad; se sacude el polvo, etc.*) ¡Qué desgraciado soy! (*Se acerca al proscenio, siempre cojeando, quejándose y llevando la mano á una pierna; con voz*